

Quid moveant Pisces, animosaque signa Leonis,
Lotus et Hesperia quid Capricornus aqua ¹;

la ciencia de los astros y el movimiento de la octava esfera antes que los suyos propios : sus inclinaciones y pasiones y los medios de gobernar unas y otras :

Τι Πλειόδεςαι κάμοι;
Τι δ'άστοάσιν Βοώτω ²;

Anaximenes escribía á Pitágoras : « ¿ Qué provecho puedo yo sacar del conocimiento de la marcha de los astros cuando tengo siempre presentes ante mis ojos la muerte y la servidumbre? » En aquella época los reyes persas preparaban la guerra contra los griegos. Cada cual debe hacerse la consideración siguiente : « Hallándome devorado por la ambición, la avaricia, la superstición, la temeridad, y albergando además interiormente otros tantos enemigos de la vida, ¿ es lícito que me preocupe del sistema del mundo? »

Luego de haberle enseñado todo cuanto contribuye á hacerle mejor y más juicioso, se le mostrará qué cosas son la lógica, la física, la geometría, la retórica; y la ciencia que particularmente cultive, teniendo ya el juicio formado, muy luego la poseerá. Recibirá la enseñanza por medio de explicaciones unas veces, y por medio de los libros otras; ya el preceptor le suministrará la doctrina del autor que estudie, ya le ofrecerá la misma doctrina extractada y aclarada; y si el discípulo no posee fuerzas bastantes para encontrar en los libros todo lo bueno que contienen para sacar la enseñanza que persigue, deberá procurársele un maestro especial en cada materia para que adocrine completamente al alumno. Que tal enseñanza es más útil y natural que la de Gaza, ¿ quién puede dudarle? Consistía la de este gramático en preceptos oscuros é ingratos, en palabras vanas y descarnadas, en las cuales nada había que contribuyera á despertar el espíritu. En el método que yo preconizo, el espíritu encuentra materia con que nutrirse; el fruto que se alcanza es sin comparación mayor, y así llegará más pronto á la madurez.

Es cosa digna de fijar la atención lo que en nuestro siglo acontece; la filosofía constituye hasta para las personas de mayor capacidad una ciencia quimérica y vana que carece de aplicación y valor, así en la teoría como en la práctica. Entiendo que la causa de tal desdén son los ergotistas que se han apostado en sus avenidas y la han disfrazado y adulterado. Es error grande presentar como inaccesibles á los niños las verdades de la filosofía, considerándolas

1.Cuál es la influencia del signo de Piscis, del León inflamado y la de Capricornio, que se sumerge en la mar occidental. PROPERCIO, IV, 1, 89.

2. ¿ Qué me importan las Pléyades ni la constelación del Boyero? ANACREONTE, Od. XVII, 40.

con tiesura y ceño terribles; ¿ quién ha osado disfrazármela con apariencias tan lejanas á la verdad, con tan adusto y tan odioso rostro? Nada hay, por el contrario, más alegre, divertido, jovial, y estoy por decir que hasta juguetón. No pregona la filosofía sino fiesta y tiempo apacible; una faz triste y transida proclama que de ella la filosofía está ausente. Demetrio el gramático encontró en el templo de Delfos una reunión de filósofos y les dijo : « O yo me engaño grandemente, ó al veros en actitud tan reposada y alegre no sostenéis disquisición ninguna. » A lo cual uno de ellos, Heracleo de Megara, respondió : « Bueno es eso para los que enseñan si el futuro del verbo βάλω duplica la λ, ó para los que estudian los derivados de los comparativos χειρον y βέλτιον y de los superlativos χειριστων y βέλτιστων; pues menester es que los tales arruguen su ceño á causa de su ciencia; por lo que toca á las máximas de la filosofía, alegran y regocujan á los que de ellas tratan muy lejos de ponerlos graves ni de contristarlos. »

Deprendas animi tormenta latentis in eegro
Corpore; deprendas et gaudia: sumit utramque
Inde habitum facies ¹.

El alma que alberga la filosofía debe, para la cabal salud de aquella, hacer sana la materia; la filosofía hade mostrar hasta exteriormente el reposo y el bienestar; debe formar á semejanza suya el porte externo y procurarle, por consiguiente, una dignidad agradable, un aspecto activo y alegre y un semblante contento y benigno. El testimonio más seguro de la sabiduría es un gozo constante interior; su estado, como el de las cosas superlunares, jamás deja de ser la serenidad y la calma; esos terminajos de *baroco* y *baralipton* ², que convierten la enseñanza de los sabios artificiales en tenebroso lodazal, no son la ciencia, y los que por tal la tienen, ó los que de tal suerte la explican, no la conocen más que de oídas. ¡Cómo! la filosofía, cuya misión es serenar las tempestades del alma; enseñar á resistir las fiebres y el hambre con continente sereno, no valiéndose de principios imaginarios, sino de razones naturales y palpables, tiene la virtud por término, la cual no está como la escuela asegura, colocada en la cúspide de un monte escarpado é inaccesible; los que la han visto de cerca, consideranla, por el contrario, situada en lo alto de una hermosa planicie, fértil y floreciente, bajo la cual contempla todas las cosas; y quien sabe la dirección puede llegar á ella fácilmente por una suave y amena pendiente cubierta de grata sombra y tapizada de verde césped. Por no haber logrado alcanzar esta virtud suprema, hermosa, triunfante,

1. Los sufrimientos de un espíritu intranquilo surgen al exterior; de la propia suerte que la alegría, el semblante refleja esas diversas afecciones del alma. JUVENAL, IX, 18.

2. Términos de la antigua escolástica.

amorosa y deliciosa, al par que valerosa, natural é irconciliable enemiga de todo desabrimiento y sinsabor, de todo temor y violencia, que tiene por guía la naturaleza y por compañeros la fortuna y el deleite, los pedantes la han mostrado con semblante triste, quereloso, despechado, amenazador y avinagrado, y la han colocado sobre la cima de escarpada roca, en medio de abrojos, cual si fuera un fantasma para sembrar el pismo entre las gentes.

Nuestro preceptor, que conoce su deber de que el discípulo ame y reverencie la virtud, le mostrará que los poetas siguen las tendencias comunes, y le hará ver de un modo palpable que los dioses se han mostrado siempre más propicios á Venus que á Pallas. Cuando el niño llegue á la edad viril, le ofrecerá á Bradamante ó á Angélica por amadas, á quienes adorna una belleza ingenua, activa, generosa; no hombruna, sino vigorosa, al lado de una belleza blanda, afectada, delicada, en conclusión artificial: la una disfrazada de mancebo, cubierta la cabeza con un brillante casco; la otra con traje de doncella, adornada la suya con una toca cubierta de perlas. El maestro juzgará varonil su pasión si va por diverso camino que el afeminado pastor de Frigia.

Enseñará además el maestro que el valor y alteza de la virtud verdadera residen en la facilidad, utilidad y placer de su ejercicio, tan apartado de toda traba, que hasta los niños pueden practicarla del propio modo que los hombres, así los sencillos como los sutiles. El método será su instrumento, no la violencia. Sócrates se colocaba al nivel de su escolar para mayor provecho, facilidad y sencillez de su doctrina. Es la virtud la madre que alimenta los placeres humanos, y al par que los mantiene en el justo medio, contribuye á hacerlos puros; al moderarlos los mantiene en vigor y nos hace desearlos; eliminados los que no admite, nos trueca en más aptos para disfrutar de los que nos son licitos, y nos lo son muchos; todos los que la naturaleza nos permite sorportar, no sólo hasta la saciedad, sino hasta el cansancio; á menos que creamos que lo que detiene al bebedor antes de la borrachera, al glotón antes de la indigestión y al lascivo antes de la calvicie, sean enemigos de nuestros placeres. Si la fortuna le falta, la virtud hace que prescindamos de ella, que no la echemos de menos, forjándose otra que le pertenezca por entero. Sabe la virtud ser rica, sabia y poderosa y reposar en perfumada pluma; ama la vida, la belleza, la gloria y la salud, pero su particular misión consiste en usar con templanza de tales bienes y en que estemos siempre aperecidos á perderlos: oficio más noble que rudo, sin el apoyo del cual toda humana existencia se desnaturaliza, altera y deforma, y puede á justo título representarse llena de escollos y arbustos espinosos, plagada de monstruos.

Si el discípulo es de tal condición que prefiere oír la relación de una fábula á la narración de un viaje interesante ó á escuchar una máxima profunda; si al toque del tambor, que despierta el belicoso fuego de sus compañeros, permanece indiferente y prefiere ver las mojigangas de los titiriteros; si no encuentra más grato y dulce volver polvoriento y victorioso de un combate, que del baile ó del juego de pelota, con el premio que acompaña á estas diversiones, en tal caso no encuentro otro remedio sino que tempranamente el preceptor le estrangule cuando nadie le vea, ó que le coloque de aprendiz en la pastelería de alguna ciudad, aunque sea el hijo de un duque, siguiendo el precepto de Platón, que dice: «Es preciso establecer á los hijos según la capacidad de su espíritu y no conforme al talento de sus padres.»

Puesto que la filosofía nos instruye en la práctica de la vida y la infancia es tan apta como las otras edades para recibir sus lecciones, ¿qué razón hay para que dejemos de suministrárselas?

Udum et molle lutum est; nunc properandus, et acri fingendus sine fine rota¹.

Si nos enseña á vivir cuando nuestra vida ya ha pasado. Cien escolares han tenido el mal venéreo antes de haber llegado á estudiar el tratado de la Templanza, de Aristóteles. Decía Cicerón que, aun cuando viviera la existencia de dos hombres, no perdería su tiempo estudiando los poetas líricos. Considero yo á nuestros tristes ergotistas como mucho más inútiles. Nuestro discípulo tiene mucha más prisa; á la pedagogía no debe más que los quince primeros años de su vida, el resto pertenece á la acción. Empleemos aquel tiempo tan reducido sólo en las instrucciones necesarias; apartemos todas esas sutilezas espinosas de la dialéctica, de que nuestra vida no puede sacar ningún provecho; hagamos sólo mérito de los sencillos discursos de la filosofía, sepamos escogerlos y emplearlos oportunamente: son tan fáciles de comprender como un cuento de Boccaccio; están al alcance de un niño recién destetado: más á su alcance que el aprender á leer y á escribir. La filosofía encierra máximas lo mismo para el nacimiento del hombre que para su decrepitud.

Soy del parecer de Plutarco: Aristóteles no amaestró tanto á su gran discípulo en el artificio de componer silogismos ni en los principios de la geometría como le instruyó en los relativos al valor, proeza, magnanimidad, templanza y seguridad de no temer nada. Merced á provisión tan sana, pudo Alejandro, siendo casi un niño, subyugar

1. La arcilla está todavía húmeda y blanda: apresurémonos; en seguida, sin perder momento, moldeémosla en la rueda. PERSIO, III, 23.

el imperio del mundo con treinta mil infantes, cuatro mil soldados de á caballo y cuarenta y dos mil escudos solamente. Las demás ciencias y artes, dice Aristóteles que Alejandro las honraba; poseía y alababa su excelencia, mas sólo por el placer que en ellas encontraba; y su afición no le llevaba hasta el extremo de quererlas ejercer.

Petite hinc, juvenesque senesque,
Finem animo certum, miserisque viatica canis ¹.

Estudio
Dice Epicuro al principio de su carta á Meniceo, « que ni el más joven rehusa el filosofar ni el más viejo se cansa ». Por todas las razones dichas no quiero que se aprisione al niño; no quiero que se le deje á la merced del humor melancólico de un furioso maestro de escuela; no quiero que su espíritu se corrompa temiéndole aherrojado, sujeto al trabajo durante catorce ó quince horas, como un mozo de cordel, ni aprobaría el que, si por disposición solitaria y melancólica el discípulo se da al estudio de un modo excesivo, se aliente en él tal hábito: éste les hace ineptos para el trato social y los aparta de más provechosas ocupaciones. ¡ Cuántos hombres he visto arrocínados por avidez temeraria de ciencia! El filósofo Carneades se trastornó tanto por el estudio que jamás se cortaba el pelo ni las uñas. No quiero que se inutilicen las felices disposiciones del adolescente á causa de la incivildad y la barbarie de los preceptores. La discreción francesa ha sido de antiguo considerada como proverbial, nacía en los primeros años y su carácter era el abandono. Hoy mismo vemos que no hay nada tan simpático como los pequeñuelos en Francia; mas ordinariamente hacen perder la esperanza que hicieran concebir, y cuando llegan á la edad de hombres, en ellos no se descubre ninguna cualidad excelente. He oído asegurar á personas inteligentes, que los colegios donde reciben la educación, de los cuales hay tantísimo número, los embrutecen y adulteran.

Estudio
A nuestro discípulo, un gabinete, un jardín, la mesa y el lecho, la soledad, la compañía, la mañana y la tarde, todas las horas le serán favorables; los lugares todos serviránle de estudio, pues la filosofía, que como formadora del entendimiento y costumbres constituirá su principal enseñanza, goza del privilegio de mezclarse en todas las cosas. Hallándose en un banquete rogaron á Isócrates, el orador, que hablara de su arte, y todos convinieron en que su respuesta fué cuerda al contestar que no era aquél lugar ni ocasión oportunos para ejecutar lo que él sabía hacer, y que lo más adecuado á aquella circunstancia era precisamente de lo que él no se sentía capaz. En efecto, pronunciar discursos

1. Jóvenes y ancianos, aprovechad de ahí la lección para ordenar vuestra conducta; aprovisionaos para cuando llegue el triste invierno de la vida. PERSIO, V, 64.

ó proponer discusiones retóricas ante un concurso cuyo intento no es otro que la diversión y la pitanza, hubiera sido cosa fuera de propósito, é igualmente si se hubiese hablado de cualquiera otra ciencia. Mas por lo que respecta á la filosofía, en la parte que trata del hombre y de sus deberes, todos los sabios han opinado que por la amenidad no debe rechazarse de los festines ni de las diversiones, y Platón, que la llevó á su diálogo el Banquete, hace que los circunstantes hablen de un modo ameno, en armonía con el tiempo y el lugar, aunque se trataba de las máximas más elevadas y saludables de la sabiduría.

Æque pauperibus prodest, locupletibus æque;
Et, neglecta, æque paupis senibusque nocebit ¹.

educación
De suerte que nuestro discípulo vagará menos que los demás. Del propio modo que los pasos que empleamos en recorrer una galería, aunque ésta sea tres veces más larga que un camino de antemano designado, nos ocasionan menos cansancio, así nuestra enseñanza administrada como por acaso, sin obligación de tiempo ni lugar, vendrá unida á todas nuestras acciones, pasará sin dejarse sentir. Los juegos mismos y los ejercicios corporales constituirán una buena parte del estudio; la carrera, la lucha, la música, la danza, la caza, el manejo del caballo y de las armas. Yo quiero que el decoro, el don de gentes y el aspecto todo de la persona sean modelados al propio tiempo que el alma. No es un alma, no es tampoco un cuerpo lo que el maestro debe tratar de formar, es un hombre; no hay que elaborar dos organismos separados, y como dice Platón, no hay que dirigir el uno sin el otro, sino conducirlos por igual, como se conduce un tronco de caballos sujeto al timón. Y si seguimos los consejos del propio filósofo á este respecto, veremos que concede más espacio y solicitud mayor á los ejercicios corporales que á los del espíritu, por entender que éste aprovecha al propio tiempo de los de aquél en vez de con ellos perjudicarse.

educación
Debe presidir á la educación una dulzura severa, no como se practica generalmente; en lugar de invitar á los niños al estudio de las letras, se les brinda sólo con el horror y la crueldad. Que se alejen la violencia y la fuerza, nada hay á mi juicio que bastardee y trastorne tanto una naturaleza bien nacida. Si queréis que el niño tenga miedo á la deshonra y al castigo, no le acostumbreis á ellos, acostumbradle más bien á la fatiga y al frío, al viento, al sol, á los accidentes que le precisa menospreciar. Alejad de él toda blandura y delicadeza en el vestir y en el dormir, en el comer y en el beber; que con todo se familiarice, que no se

1. Es igualmente útil á los pobres que á los ricos; jóvenes y viejos no la abandonarán sin arrepentimiento. HORACIO, Epist., I, 4, 25.

convierta en un muchachón hermoso y afeminado, sino que sea un mozo lozano y vigoroso. Las mismas han sido mis ideas siendo niño, joven y viejo, en la materia de que voy hablando; mas entre otras cosas, los procedimientos que se emplean en la mayor parte de los colegios me han disgustado siempre: con mucha mayor cordura debiera emplearse la indulgencia. Los colegios son una verdadera prisión de la juventud cautiva, á la cual se convierte en relajada castigándola antes de que lo sea.

Visitad un colegio á la hora de las clases, y no oiréis más que gritos de niños á quienes se martiriza; y no veréis más que maestros enloquecidos por la cólera. ¡Buenos medios de avivar el deseo de saber en almas tímidas y tiernas, el guiarlas así con el rostro feroz y el látigo en la mano! Quintiliano dice que tal autoridad imperiosa junto con los castigos, acarrea, andando el tiempo, consecuencias peligrosas. ¿Cuánto mejor no sería ver la escuela sembrada de flores, que de trozos de mimbres ensangrentados? Yo colocaría en ella los retratos de la Alegría, el Regocijo, Flora y las Gracias, como los colocó en la suya el filósofo Speusipo. Así se hermanaría la instrucción con el deleite; los alimentos saludables al niño deben dulcificarse, y los dañinos amargarse. Es maravilla ver el celo que Platón muestra en sus Leyes en pro del deleite y la alegría, y cómo se detiene en hablar de sus carreras, juegos, canciones, saltos y danzas, de los cuales dice que la antigüedad concedió la dirección á los dioses mismos: Apolo, las Musas y Minerva; extiéndese en mil preceptos relativos á sus gimnasios; en la enseñanza de la gramática y la retórica se detiene muy poco, y la poesía no la ensalza ni recomienda sino por la música que la acompaña.

Toda rareza y singularidad en nuestros usos y costumbres debe desarraigarse y aniquilarse como monstruosa y enemiga de la comunicación social. ¿Quién no se maravillará de la complexión de Demofón, maestrasala de Alejandro, que sudaba á la sombra y temblaba al sol? Yo he visto alguien que huía del olor de las manzanas con más horror que del disparo de los arcabuces; otros, á quienes un ratón atemorizaba; otros, en quienes la vista de la leche provocaba náuseas; otros que no podían ver ahuecar un colchón. Germánico era incapaz de soportar la presencia y el canto de los gallos. Puede quizás á tales rarezas presidir alguna razón oculta, pero ésta se extinguirá sin duda acudiendo con el remedio á tiempo. La educación ha logrado que yo, salvo la cerveza, todo lo demás me sea indiferente para mi sustento. Bien que para llegar á tal resultado hubo que vencer algunas dificultades.

El cuerpo está todavía flexible; débese, pues, plegar á todos los hábitos y costumbres; y siempre y cuando que puedan mantenerse el apetito y la voluntad domados,

debe hacerse al joven apto para vivir en todas las naciones y en todas las compañías; más todavía: que no le sean extraños el desorden y los excesos, si es preciso. Que sus costumbres sigan el uso común; que pueda poner en práctica todas las cosas y no guste realizar sino las que sean buenas. Los filósofos mismos no alababan en Callisthenes el que perdiera la gracia de Alejandro, su señor, porque no quiso beber con él á competencia. Nuestro joven reirá, loqueará con el príncipe, y tomará parte en la francachela misma, hasta sobrepujar á sus compañeros en vigor, firmeza y resistencia; no debe dejar de practicar el mal ni por falta de fuerzas ni por falta de capacidad, sino por falta de voluntad. *Multum interest utrum peccare aliquis nolit an nesciat* ¹. Tratando de honrarle, pregunté á un señor, enemigo de toda suerte de desórdenes cual ninguno, cuántas veces se había emborrachado en Alemania, por requerirlo así los asuntos del rey de Francia: respondióme que tres, y me relató en qué circunstancias. Sé de algunos que por hallarse imposibilitados de hacer otro tanto pasaron graves apuros en aquella nación. He profesado siempre admiración grande por la maravillosa naturaleza de Alcibiades, que se acomodaba sin violencia alguna á las circunstancias más opuestas, sin que su salud sufriese ni remotamente: tan pronto sobrepujaba la pompa y suntuosidad persas, como la austeridad y frugalidad lacedemonias, como la sobriedad de Esparta, como la voluptuosidad de Jonia:

Omnis Aristippum decuit color, et status, et res ².

Así quisiera yo formar mi discípulo.

Quem duplici panno patientia velat,
Mirabor, vitæ via si conversa decebit,
Personamque feret non inconcinnus utramque ³.

Tales son mis principios; aprovechará mejor quien los practique que quien los sepa. ¡Á Dios no plegue, dice un personaje de los diálogos de Platón, que el filosofar consista en aprender diversas ciencias y la práctica de las artes!. *Hanc amplissimam omnium artium bene vivendi disciplinam, vita magis, quam litteris, persecuti sunt* ⁴. León, príncipe de los fiasienos, preguntó á Heráclito Póntico cuál era la ciencia ó arte que ejercía: « No ejerzo arte ni

1. Hay gran diferencia entre no querer y no saber practicar el mal. SENECA, *Epist.* 90.

2. Aristipo supo acomodarse á todos los estados y á todas las fortunas. HORACIO, *Epist.*, I, 17, 23.

3. Admiraré á quien no se avergüence de sus andrajos; á quien mude de fortuna sin inmutarse; á quien en la próspera lo mismo que en la adversa guarde la actitud del varón fuerte. HORACIO, *Epist.*, I, 17, 23.

4. Antes bien por sus costumbres que por sus estudios consagróse á la primera de todas las artes, al arte de bien vivir. CICERÓN, *Tusc. quest.*, IV, 3.

ciencia alguna; soy filósofo», respondió. Censurábase á Diógenes el que siendo ignorante discutiera sobre filosofía: «Mejor puedo hablar porque soy ignorante», repuso. Hege- sias rogóle que le leyera algo: «Bromeáis, repuso Diógenes; del propio modo que preferís las brevas auténticas y naturales á las pintadas, así debéis preferir también las enseñanzas naturales, auténticas, á las escritas.»

El discípulo no recitará tanto la lección como la practicará; la repetirá en sus acciones. Se verá si preside la prudencia en sus empresas; si hay bondad y justicia en su conducta; si hay juicio y gracia en su conversación, resistencia en sus enfermedades, modestia en sus juegos, templanza en sus placeres, método en su economía é indiferencia en su paladar, ya se trate de comer carne ó pescado, ó de beber vino ó agua. *Qui disciplinam suam non ostentationem scientiæ, sed legem vitæ putet; quique obtemperet ipse sibi, et decretis pareat* ¹. El verdadero espejo de nuestro espíritu es el curso de nuestras vidas. Zeuxidamo contestó á alguien que le preguntaba por qué los lacedemonios no escribían sus preceptos sobre la proeza, y una vez escritos por qué no los daban á leer á los jóvenes, que la razón era porque preferían mejor acostumarlos á los hechos que á las palabras. Comparad nuestro discípulo así formado, á los quince ó dieciséis años; comparadle con uno de esos latinajeros de colegio, que habrá empleado tanto tiempo como nuestro alumno en educarse, en aprender á hablar; solamente á hablar. El mundo no es más que pura charla, y cada hombre habla más bien más que menos de lo que debe. Así la mitad del tiempo que vivimos se nos va en palabrería; se nos retiene cuatro ó cinco años oyendo vocablos y enseñándonos á hilvanarlos en cláusulas; cinco más para saber desarrollar una disertación medianamente, y otros cinco para adornarla sutil y artísticamente. Dejemos todas estas vanas retóricas á los que de ellas hacen profesión expresa.

Caminando un día hacia Orleáns encontré antes de llegar á Clery dos pedagogos que venían de Burdeos; cincuenta pasos separaban al uno del otro; más lejos, detrás de ellos, marchaba una tropa con su jefe á la cabeza, que era el difunto conde de la Rochefoucault. Uno de los míos se informó por uno de los profesores de quién era el gentil-hombre que caminaba tras él, y el maestro, que no había visto á los soldados, y que creía que le hablaban de su compañero, respondió sonriéndose: «No es gentil-hombre, es un gramático, y yo soy profesor de lógica.» Ahora bien; nosotros que pretendemos formar no un gramático ni un lógico, sino un gentil-hombre, dejémosles perder el tiempo; nues-

1. Si lo que sabe le sirve no de vana ostentación, sino para el ordenamiento de sus costumbres; si á sí mismo se obedece y obra con arreglo á sus principios. CICERÓN, *Tusc. quæst.*, II, 4.

tro fin nada tiene que ver con el de los pedagogos. Si nuestro discípulo está bien provisto de observaciones y reflexiones, no echará de menos las palabras, las hallará demasiado, y si no quieren seguirle de grado seguiránle por fuerza. Oigo á veces á gentes que se excusan por no poderse expresar y simulan tener en la cabeza muchas cosas buenas que decir, pero que por falta de elocuencia no pueden exteriorizarlas ni formularlas; todo ello es pura filfa. ¿Sabéis, á mi dictamen, en qué consiste la razón? En que no son ideas lo que tienen en la mollera, sino sombras, que proceden de concepciones informes, que tales personas no pueden desenvolver ni aclarar en su cerebro, ni por consiguiente exteriorizar; tampoco gentes así se entienden ellas mismas: ved cómo tartamudean en el momento de producirse. Desde luego puede reconocerse que su trabajo no está maduro sino en el punto de la concepción, y que no hacen más que dar suelta á la materia imperfecta. Por mi parte creo, y Sócrates así lo dice, que quien está dotado de un espíritu alerta y de una imaginación clara, acertará á expresarse siempre, aunque sea en bergamesco ¹; aunque sea por gestos, si es mudo:

Verbaque prævisam rem non invita sequentur ².

Y como decía tan poética y acertadamente Séneca en prosa: *quum res animum occupavere, verba ambiunt* ³, y Cicerón: *ipsæ res verba rapiunt* ⁴. Ignorando lo que es ablativo, subjuntivo y sustantivo; desconociendo la gramática, tan ignorante como su lacayo ó una sardinera del Puenteillo, os hablarán á vuestro sabor, si así lo deseáis, y sin embargo así faltarán á los preceptos de su habla como el mejor de los catedráticos de Francia. Desconocen la retórica, el arte de captarse de antemano la benevolencia del cándido lector, y poco les importa el no saberlas. Todo ese artificio desaparece al punto ante el brillo de una verdad ingenua y sencilla; tales adornos sólo sirven para cautivar al vulgo, incapaz de soportar los alimentos más nutritivos y resistentes, cual claramente muestra Afer en un escrito de Tácito. Los embajadores de Samos comparecieron ante Cleomenes, rey de Esparta, cada uno de ellos preparado con un hermoso y largo discurso, para moverle á que emprendiera la guerra contra el tirano Policrates. Luego que los hubo dejado hablar cuanto quisieron, respondiéndoles: «En cuanto á vuestro comienzo y exordio

1. El dialecto hablado en Bérgamo era considerado en tiempo de Montaigne como el más tosco de toda Italia.

2. Lo que bien se concibe se expresa claramente, y las palabras para enunciarlo llegan á los labios sin dificultad. HORACIO, *Art. poet.*, v. 301.

3. Cuando las ideas imprimen su huella en el espíritu, las palabras surgen copiosamente. SENECA, *Controvers.*, III, *præm.*

4. Las ideas arrastran las palabras. CICERÓN, *de Finibus*, III, 6.

Armando de educación

Retórica y gramática
Oratoria

no lo recuerdo ya, ni por consiguiente tampoco del medio; y por lo que respecta á la conclusión, nada quiero tampoco saber ni hacer. » He aquí una buena respuesta, á lo que yo entiendo, y unos arengadores que se lucieron en su embajada. ¿Y qué me diréis de este otro ejemplo? Tenían los atenienses necesidad de escoger entre dos arquitectos para construir un gran edificio; el primero de ellos, más estimado, presentóse con un pomposo discurso premeditado sobre el asunto en cuestión, y procuróse con él los aplausos del pueblo; mas el segundo remató su oración en tres palabras, diciendo: « Señores atenienses: todo lo que éste ha dicho lo haré yo. » Ante la elocuencia de Cicerón muchos se llenaban de pismo; Catón se reía, añadiendo: « Tenemos un gracioso cónsul. » Vaya delante ó detrás, una sentencia útil, un rasgo hermoso, están siempre en lugar pertinente. Aunque no cuadren bien á lo que precede ni á lo que sigue, bien están por sí mismos. Yo no soy de los que creen que la buena medida de los versos sea sólo lo esencial para el buen poema; dejad al poeta alargar una sílaba corta, no nos quejemos por ello: si la invención es agradable y si el espíritu de la obra y las ideas son como debenser, tenemos un buen poeta, diré yo, pero un mal versificador:

Emunctæ naris, durus componere versus ¹.

Hágase, dice Horacio, que los versos del vate pierdan toda huella de labor:

*Tempora cerca modosque, et, quod prius ordine verbum est,
Posterior facias, præponens ultima primis...
Invenias etiam disjecti membra poetæ* ²:

más grande será el artista; los fragmentos mismos serán hermosos. Tal fué la contestación de Menandro, á quien se censuraba por no haber puesto mano todavía en una comedia que debía haber terminado en cierto plazo: « La comedia está ya compuesta y presta, respondió; sólo falta ponerla en verso. » Como tenía las ideas bien premeditadas y ordenadas en el espíritu, daba poca importancia á lo que le quedaba por hacer. Desde que Ronsard y Du Bellay han acreditado nuestra poesía francesa, veo por doquiera copleros que inflan las palabras y ordenan las cadencias, como ellos, sobre poco más ó menos. *Plus sonat, quam valet* ³. Para el vulgo jamás hubo tantos poetas como hoy; mas así como les ha sido fácil imitar los ritmos y cadencias, son impotentes para aproximarse á las hermosas descripciones del uno y á las delicadas invenciones del otro.

¹ Sus versos son descuidados, pero al poeta no le falta inspiración. HORACIO, *Sat.* I, 4, 8.

² Separad de ellos el ritmo y la medida, cambiad el orden de las palabras, y todavía encontraréis al poeta en esos miembros dispersos. HORACIO, *Sat.* I, 4, 58.

³ El ruido sobrepasa á las ideas. SÉNECA, *Epist.* 40.

¿Qué hará nuestro discípulo si se le obliga á tomar parte en la sofisticada sutileza de algún silogismo, por ejemplo, de este tenor?: « El jamón da sed, el beber quita la sed, luego el jamón quita la sed. » Debe burlarse de tales cosas; más agudeza acusa burlarse que responder. Que imite de Aristipo esta chistosa réplica: « ¿Por qué razón osaré desatar el silogismo, puesto que atado me embaraza? » Alguien proponía contra Cleanto tales finezas dialécticas, al cual respondió Crisipo: « Guarda para los muchachos esos juegos de saltimbanqui y no conviertas á ellos las serias reflexiones de un anciano », *contorta et aculeata sophismata* ¹. Si estas estúpidas argucias le persuadieran de alguna mentira, la cosa sería perjudicial; mas si permanecen sin efecto y no le ocasionan otro que la risa, no veo por qué haya de ponerse en guardia contra ellas. Hay hombres tan tontos que se apartan de su camino hasta un cuarto de legua para atrapar una palabra deslumbrante: *aut qui non verba rebus aptant, sed res extrinsecus arcessunt quibus non verba conueniant* ², y otros, *qui alicujus verbi decore placentis, vocentur ad id, quod non proposuerant scribere* ³. Yo aprovecho de mejor grado una buena sentencia para acomodarla á mi propósito, que me aparto de él para ir á buscarla. Lejos de sacrificarse el discurso á las palabras, son éstas las que deben sacrificarse al discurso; y si el francés no basta á traducir mi pensamiento, echo mano de mi dialecto gascón. Yo quiero que las cosas predominen y que de tal manera llenen la imaginación del oyente, que éste no se fije siquiera en las palabras ni se acuerde de ellas. El hablar de que yo gusto es un hablar sencillito é ingenuo, lo mismo cuando escribo que cuando hablo; un hablar sustancioso y nervioso, corto y conciso, no tanto pulido y delicado como brusco y vehemente:

Hæc demum sapiet dictio, quæ feriet ⁴;

más bien difícil que pesado, apartado de afectación; sin regla, desligado y arrojado; de suerte que cada fragmento represente alguna idea de por sí; un hablar que no sea pedantesco, ni trillado, ni jurídico, sino más bien soldadesco, como llama Suetonio al estilo de Julio César. No acertó á averiguar la razón, mas tal es el dictado que le aplicó.

He imitado de buen grado siendo joven el descuido que se ve en nuestros mozos en el modo de llevar sus ropas: la esclavina en forma de banda, la capa al hombro y una media caída, que representan la altivez desdeñosa hacia los extra-

¹ Esos sofismas confusos y espinosos. CICERÓN, *Acad.*, II, 24.

² O que no eligen las palabras para expresar las ideas, sino que buscan fuera de propósito cosas á que las palabras puedan convenir. QUINTILIANO, VIII, 3.

³ Que por no desperdiciar una expresión de su agrado se internan en un terreno en que no el tenían propósito de penetrar. SÉNECA, *Epist.* 59.

⁴ Que la expresión impresione y gustará de seguro. *Epitafio de Lucano, citado en la Biblioteca latina de Fabricio, II, 10.*

ños adornos, y que no se cura del arte; más adecuada, mejor empleada encuentro yo tal costumbre aplicada al hablar. Toda afectación, principalmente en el espíritu y maneras franceses huelgan en el cortesano. Sin embargo, en una monarquía todo joven noble debe ser encauzado al buen porte palaciego; por esta razón procedemos con tino al evitar la demasiada ingenuidad y familiaridad. Me disgusta el tejido que deja ver la hilaza; un cuerpo hermoso impide que puedan contarse los huesos y las venas. *Quæ veritati operam dat oratio, incomposita sit et simplex* ¹. *Quis accuratè loquitur, nisi qui vult putide loqui* ². La elocuencia que aparta nuestra atención de las cosas las perjudica y las daña. Como en el vestir es dar prueba de pusilanimidad el querer distinguirse por alguna particularidad desusada, así en el lenguaje el ir á la pista de frases nuevas y de palabras poco frecuentes emana de una ambición escolástica y pueril. ¡Pudiera yo no servirme más que de las que se emplean en los mercados de París! Aristóteles, el gramático, reprendía desacertadamente en Epicuro la sencillez de las palabras; el arte de aquél consistía sólo en la oratoria, en la perspicacia y fineza de lenguaje. La imitación en el hablar, como cosa fácil, luego es seguida por todo un pueblo. La imitación en el juzgar, en el inventar, no va tan de prisa. Casi todos los lectores, por haber hallado semejante vestidura, creen erróneamente encontrarse en posesión de un mérito semejante; la fuerza y los nervios no se reciben en préstamo, mas sí el adorno y el manto protector. Así hablan los que me frecuentan de este libro, no sé si pensarán como hablan. Los atenien- ses, dice Platón, recibieron como patrimonio la elegancia y abundancia en el decir; los lacedemonios, la concisión; los de Creta eran más fecundos en las ideas que en el lenguaje; estos últimos son los mejores. Zenón decía que sus discípulos eran de dos suertes: los unos, que llamaba φιλόλογους, curiosos en la asimilación de las ideas, eran sus preferidos; los otros, que designaba con el nombre de λογόφιλους, no se fijaban más que en el lenguaje. Todo lo cual no significa que el buen decir sea cosa digna de desdén: lo que desde luego no reviste es la importancia que quiere dársele; y por lo que á mi toca, declaro que me desconsuela el que nuestra existencia se emplee toda en ello, en el decir correcto y limado. Yo quisiera, en primer lugar, conocer bien mi lengua, y después la de mis vecinos, con los que mantengo relaciones más frecuentes.

El latín y el griego son sin género de duda dos hermosos ornamentos, pero suelen pagarse demasiado caros. Ha-

1. La verdad debe hablar en lenguaje sencillo y sin ornatos. SÉNECA, *Epist.* 75.

2. Quien se exprese con afectación es seguro que cansará y fastidiará. SÉNECA, *Epist.* 75.

á las ideas únicamente se les castiga con palabras sencillas y vulgares, más bien antes las ideas hay que humillarse por

blaré aquí de un medio de conocerlos con menos sacrificios, que fué puesto en práctica en mí mismo; de él puede servirse quien lo juzgue conveniente. Mi difunto padre, que hizo cuantos esfuerzos estuvieron en su mano para informarse entre gentes sabias y competentes de cuál era la mejor educación para dirigir la mía con mayor provecho, fué advertido desde luego del dilatado tiempo que se empleaba en el estudio de las lenguas clásicas, lo cual se consideraba como causa de que no llegásemos á alcanzar ni la grandeza de alma ni los conocimientos de los antiguos griegos y romanos. No creo yo que esta causa sea la única. Sea de ello lo que quiera, el expediente de que mi padre echó mano para librarme de tal gasto de tiempo, fué que antes de salir de los brazos de la nodriza, antes de romper á hablar, me encomendó á un alemán, que más tarde murió en Francia siendo famoso médico, el cual ignoraba en absoluto nuestra lengua y hablaba el latín á maravilla. Este preceptor á quien mi padre había hecho venir expresamente y que estaba muy bien retribuido, teníame de continuo consigo. Había también al mismo tiempo otras dos personas de menor saber para seguirme y aliviar la tarea del primero, las cuales no me hablaban sino en latín. En cuanto al resto de la casa, era precepto inquebrantable que ni mi padre, ni mi madre, ni criado, ni criada, hablasen delante de mí otra cosa que las pocas palabras latinas que se les habían pegado hablando conmigo. Fué portentoso el fruto que todos sacaron con semejante disciplina; mis padres aprendieron lo suficiente para entenderlo y disponían de todo el suficiente para servirse de él en caso necesario; lo mismo acontecía á los criados que se separaban menos de mí. En suma, nos latinizamos tanto que la lengua del Lacio se extendió hasta los pueblos cercanos, donde aun hoy se sirven de palabras latinas para nombrar algunos utensilios de trabajo. Contaba yo más de seis años y así había oído hablar en francés ó en el dialecto del Perigord como en el habla de los árabes. Así que sin arte alguno, sin libros, sin gramática ni preceptos, sin disciplinas, sin palmetazos y sin lágrimas, aprendí el latín con tanta pureza como mi maestro lo sabía; pues yo no podía haberlo mezclado ni alterado. Cuando me daban un tema, según es usanza en los colegios, el profesor lo escribía en mal latín y yo lo presentaba correcto; á los demás se lo daban en francés. Los preceptores domésticos de mi infancia, que fueron Nicolás Grouchy, autor de *Comitiis Romanorum*; Guillermo Guerente, comentador de Aristóteles; Jorge Bucanam, gran poeta escocés y Marco Antonio Muret, á quien Italia y Francia reconocen como el primer orador de su tiempo, me contaban que temían hablar conmigo en latín por lo bien que yo lo poseía, teniéndolo presto y á la mano en todo momento. Buchanam, á quien vi

aprendí
yo el
latín

más tarde al servicio del difunto mariscal de Brissac, me dijo que estaba escribiendo un tratado sobre la educación de los niños, y que tomaría ejemplo de la mía, pues en aquella época estaba á su cargo al conde de Brissac, á quien luego hemos visto tan bravo y valeroso.

En cuanto al griego, del cual casi nada conozco, mi padre intentó hacérmelo aprender por arte, más de un modo nuevo, por un procedimiento de distracción y ejercicio. Estudiábamos las declinaciones á la manera de los que se sirven del juego de damas para aprender la aritmética y la geometría; pues entre otras cosas habían aconsejado á mi padre que me hiciera gustar la ciencia y el cumplimiento del deber, por espontánea voluntad, por mi individual deseo, á par que educar mi alma con toda dulzura y libertad, sin trabas ni rigor. Y de hasta qué punto se cumplía conmigo tal precepto, puede formarse una idea considerando que, porque algunos juzgan nocivo el despertar á los niños por la mañana con ruidos violentos, por ser el sueño más profundo en la primera edad que en las personas mayores, despertábanme con el sonido de algún instrumento, y siempre hubo en mi casa un hombre encargado de este quehacer.

Tal ejemplo bastará para juzgar de los cuidados que acompañaron á mi infancia, y también para recomendar la afección y prudencia de tan excelente padre, del cual no hay que quejarse si los resultados no correspondieron á una educación tan exquisita. Dos cosas fueron la causa: en primer lugar el campo estéril en que se trabajaba, pues aunque yo gozara de salud completa y resistente, y en general me hallara dotado de un natural social y apacible, era, en medio de estas cualidades, pesado, indiferente y adormecido; ni siquiera para jugar podía arrancármese de la ociosidad. Aquello que veía, veíalo con claridad, y bajo mi complexión desprovista de viveza, alimentaba ideas atrevidas, y opiniones más propias de un hombre que de un niño. Era mi espíritu lento, y sólo se animaba con el concurso de ajena influencia; tarda la comprensión, la invención débil, y por cima de todo, agobiábame una falta increíble de memoria. Con tal naturaleza, no es peregrino que mi padre no sacara de mí provecho alguno. Luego, á la manera de aquellos á quienes acomete un deseo furioso de curarse alguna enfermedad, que se dejan llevar por toda suerte de consejos, el buen hombre, temiendo equivocarse en una cosa que había tomado tan á pechos, dejöse dominar por la común opinión, que siempre sigue á los que van delante, como las grullas, y se acomodó á la general costumbre, por no tener junto á él á los que le habían dado los primeros consejos relativos á mi educación, que había aprendido en Italia, y me envió á los seis años al colegio de Guiena, en muy floreciente estado por aquella

en el mundo de las ideas, de los sentimientos y creaciones, únicamente se puede hablar de uno mismo; escribir un libro, publicar una novela, no

época, y el mejor de cuantos había en toda Francia. Allí fui objeto de los cuidados más exquisitos; no es posible hacer más de lo que mi padre hizo: rodeóseme de competísimos preceptores y de todo lo demás concerniente al cuidado material, al que contribuyó con toda clase de miras; muchas de éstas apartábanse de la costumbre seguida en los colegios. Mas, de todas suertes, no dejaba de ser colegio el sitio donde me llevaron. Mi latín se bastardeó en seguida, y como luego no me serví de él, acabé pronto por olvidarlo, y no me fué útil sino para llegar de un salto á las clases primeras, pues á los trece años, época en que salí del establecimiento, había terminado lo que llamaban mi curso, como los profesores dicen, en verdad sin fruto de ningún género para lo sucesivo.

La primera inclinación que por los libros tuve, vino del placer que experimenté leyendo las fábulas de las *Metamorfosis de Ovidio*. No contaba más que siete ú ocho años, y ya me privaba de todo placer por leerlas, y con tanto más gusto, cuanto que, como llevo dicho, el latín fué mi lengua maternal, y además porque el citado libro era el más fácil que yo conociera, al par que el que mejor se acomodaba á mi tierna edad por el asunto de que trata. *Los Lancelot del lago*, los *Amadis*, los *Huons de Burdeos* y demás fárrago de libros con que la infancia se regocija, no los conocía ni siquiera por el título, ni hoy mismo los he leído; tan severa era mi disciplina. En cuanto á las otras enseñanzas, descuidábalas bastante. Toleré mi inclinación á la lectura un preceptor avisado que supo diestramente conllevar esta propensión y ocultar algunas otras faltas menudas; y gracias á él devoré de una sentada, primero Virgilio, luego Terencio; después Plauto y el teatro italiano, atraído por el encanto de los asuntos de dichas obras. Si mi maestro hubiera cometido la imprudencia de detener bruscamente el furor de mis lecturas, no hubiera sacado otro fruto del colegio que el odio de los libros, como acontece á casi toda nuestra nobleza. Mi preceptor se las arreglaba de modo que simulaba no ver, y así excitaba mi apetito por la lectura, al par que memantenia en una disciplina indulgente para los estudios obligatorios, pues es de saber que la cualidad primera que mi padre buscaba en mis educadores era la benignidad y bondad de carácter; mis defectos en este particular eran la pereza y languidez. El peligro no podía residir en que yo me inclinase al mal, sino en que me dejara ganar por la inacción; nadie temía que yo fuera perverso, sino inútil; preveíase en mí la haraganería, pero no la malicia. Y en efecto así ha sucedido; aún me suenan en los oídos las reprimendas. «Es un ocioso, tibio para la amistad y para su familia; y para los empleos públicos, ensimismado y desdeñoso.»

En verdad me hubiera sido grato que se hubiese realiza-

es en el fondo, como hablar de uno mismo; pues que se habla de sus ideas, de sus sentimientos, excepto

¿No habla uno de sus lecturas?
¿de sus saberes?

do el general deseo de verme mejorar de condición, mas procediase injustamente, exigiendo lo que yo no debía, con un rigor que mis censores no se aplicaban á sí mismos, ni siquiera en lo relativo á sus estrictas obligaciones. Condenando mi proceder suprimían la gratitud á que hubieran sido acreedores. El bien que yo puedo de grado realizar es tanto más meritorio, cuanto que no estoy obligado á practicarlo. De mi fortuna puedo disponer con tanta más libertad, cuanto que me pertenece, y lo mismo de mi individuo. Sin embargo, si fuera yo amigo de la jactancia, fácil me sería probar que no les contrariaba tanto el que no fuera aprovechado como el que podía haberlo sido más de lo que realmente lo fui.

Mi alma no dejaba de experimentar, á pesar de todo, por sí misma, sin que nadie la impulsara, fuertes sacudidas; hallaba juicios acertados y abiertos sobre los objetos que la eran conocidos, y reteníalos sin el concurso de nadie. Entiendo, además, que hubiera sido incapaz de rendirse ante la fuerza y la violencia. ¿Incluiré entre mis merecimientos infantiles la firmeza en la mirada, la voz flexible y el adecuado gesto para la representación teatral? De edad bien temprana,

Alter ab undecimo tum me vix ceperat annus ¹.

he desempeñado los primeros papeles en las tragedias latinas de Buchanam, Guerente y Muret, las cuales representábamos solemnemente en nuestro colegio de Guiena. En este pasatiempo, como en las demás atribuciones de su cargo, Andrés Govea, nuestro director, no tuvo rival en toda Francia, y me consideraba como actor sin reproche. No desapruebo tal ejercicio á nuestros jóvenes nobles, y hasta nuestros principes se han dado á él, según yo he visto, imitando en ello á los antiguos: *Aristoni tragico actori rem aperit, huic et genus et fortuna honesta erant; nec ars, quia nihil tale apud Græcos pudori est, ea deformabat*². En Grecia era acción lícita, honrosa y laudable el que las gentes distinguidas adoptaran el oficio de actor. Siempre he tenido por impertinentes á los que censuran tales diversiones, y por injustos á los que impiden la entrada en nuestras ciudades á los comediantes de mérito, privando así al pueblo de legítimos placeres. Las ordenanzas acertadas cuidan de reunir á los ciudadanos, así para las serias prácticas de la devoción como para los juegos y distracciones; con ello van en aumento la amistad y comunicación generales. No podrán concederse al pueblo pasatiem-

1. Apenas contaba yo entonces doce años. VIRGILIO, *Eglog.*, XXIV, 24.

2. Expone su proyecto al actor trágico Aristón. Era éste un hombre distinguido por su cuna y sus riquezas, y el ejercicio de su arte no le privaba de la estima de sus conciudadanos, pues entre los griegos nada tiene de deshonroso. TITO LIVIO, XXIV, 24.

pos más ordenados que aquellos que se verifican ante la presencia de todos, á la vista misma del representante de la autoridad; y hasta encontraría muy puesto en razón que el soberano los gratificase á sus expensas alguna vez para este fin, liberalidad que sería considerada como paternal; parecíame también acertado que en las ciudades populosas haya sitios destinados y dispuestos para el espectáculo teatral; pues entiendo que éste es un remedio excelente contra la comisión de acciones culpables y ocultas.

Y volviendo á mi asunto, diré que para el escolar no hay nada que aventaje ni que sustituya á la excitación permanente del gusto y afecto hacia el estudio; de otra suerte, el discípulo será sólo un asno cargado de libros, si la ciencia se le administra con el látigo. Para que la ciencia sea benéfica no basta ingerirla en la cabeza, precisa asimilársela y hacer de ella cabal adopción.

CAPÍTULO XXVI

LOCURA DE LOS QUE PRETENDEN DISTINGUIR LO VERDADERO DE LO FALSO CON LA APLICACIÓN DE SU EXCLUSIVA CAPACIDAD

Acaso no sin razón achacamos á ignorancia y sencillez la facilidad en el creer y dejarse llevar á la persuasión, pues entiendo haber oído que la creencia es como una impresión que se graba en nuestra alma, y conforme ésta es más blanda y ofrece menos resistencia, es más fácil el que las cosas impriman en ella su sello. *Ut necesse est, lancem in libra, ponderibus impositis, deprimi; sic animum perspicuis cedere*¹. Á medida que el alma está más vacía y más sin contrapeso, tanto más apta se encuentra para acomodarse á la persuasión; y he aquí por qué los niños, el vulgo, las mujeres y los enfermos, están más sujetos á dejarse llevar por patrañas y cuentos. Mas si tal principio es verídico, no deja por ello de ser una presunción torpe la de condenar como falso todo lo que no se nos antoja verosímil, que es vicio en que caen los que se figuran ser dueños de alguna capacidad que sobrepasa los límites de la generalidad. Incurria yo hace tiempo en este error, y cuando oía hablar de los espíritus que vuelven del otro mundo ó del pronóstico de las cosas futuras, relatar encantamientos, brujerías ó cualquiera otra cosa fantástica,

Somnia terrores magicos, miracula, sagas.
Nocturnus lemures, portentaque Thessala².

1. Como el peso inclina necesariamente la balanza, así la evidencia arrastra nuestro espíritu. CICERÓN, *Acad.*, II, 2, 12.

2. Sueños, mágicas visiones, milagros, brujas, apariciones nocturnas, y otros portentos de la Tesalia. HORACIO, *Epist.*, II, 208.